

EL DEUTEROMIO, MEDITACION CUARESMA

P. FARNES

1. El Deuteronomio proclamado en la liturgia

La antigua liturgia romana conoció ya una lectura del Deuteronomio durante las semanas de preparación a Pascua. En efecto los antiguos leccionarios romanos ya en el siglo VII proponen el Deuteronomio, junto con los otros libros que figuran al comienzo de la Biblia (Génesis a Jueces-Rut: los códices hablan del Heptateuco, es decir, de los siete primeros libros de la Biblia) como de la lectura propia a partir de septuagésima (1). Seguramente estos libros que inician la Biblia se proclamaban a partir de Septuagésima porque en el siglo VII el año litúrgico se iniciaba con la preparación a Pascua y con el inicio del año empezaba también la lectura íntegra de la Escritura a partir del Génesis.

La liturgia reformada por el Vaticano II ha recuperado el Deuteronomio como lectura de preparación a la pascua. Pero lo ha recuperado dándole una intencionalidad mucho más significativa que la que tuvo por el simple motivo de figurar entre los primeros escritos de la Biblia. Podríamos decir que al ubicar el Deuteronomio en Cuaresma se ha realizado uno de los ideales del Concilio: que las lecturas bíblicas fueran "más apropiadas" (2) a cada una de las celebraciones. Hoy se proclama, pues, el Deuteronomio antes de pascua porque se da una real interrelación entre el mensaje de este libro y la espiritualidad propia de la preparación a las solemnidades pascuales.

El Deuteronomio en la actual organización de los leccionarios litúrgicos ocupa dos lugares, uno en el leccionario de la misa, otro en el del Oficio ambos en el

(1) ANDRIEU: *Les ordines Romani II*; Louvain 1948, Ordines XII y XIII pp. 459ss.

(2) *Sacrosanctum Concilium*, n. 35.

año impar; pero las dos lecturas de este libro tienen un enfoque bastante diverso. En efecto, unos pocos fragmentos —cinco cortas perícopas en concreto— se leen en las misas feriales desde el viernes de la semana 18 al miércoles de la 19 del tiempo ordinario; estas perícopas forman parte integrante del breve resumen de la historia santa —desde la vocación de Abrahán hasta el tiempo de los Jueces— que se lee en las semanas 12-20; con esta lectura se trata sobre todo de contemplar una de las etapas de la historia de la salvación, de manera muy parecida a como se leía el Heptateuco en la Edad Media. En este conjunto de lecturas los fragmentos del Deuteronomio sirven sobre todo para enlazar el seguimiento de la historia santa, pero no ciertamente para profundizar en el mensaje profético de nuestro escrito; con esta breve lectura de la misa estaremos, pues, muy lejos de captar el verdadero significado espiritual del Deuteronomio.

Pero el Deuteronomio tiene otro lugar más destacado: es indudablemente el que le da el leccionario de la Liturgia de las Horas. Aquí sí que nuestro libro logra todo su realce y parece llamado a orientar —quiza mejor a reorientar— la vida de los cristianos, llevándolos a una verdadera conversión, conversión que es precisamente lo que pretendió el Espíritu al inspirar este libro en vistas a la conversión del Israel que había caído en la infidelidad.

Pensamos que no resultará superfluo recordar que ya desde los primeros proyectos de reorganización del Leccionario de la Liturgia de las Horas se vio la oportunidad de reservar el Deuteronomio para el tiempo de Cuaresma. La “*Institutio*” que encabeza nuestra Liturgia de las Horas evidencia aún hoy hasta qué punto en la mente de los que reformaron las estructuras del Oficio divino estaba el deseo de que esta lectura formara parte de la meditación cuaresmal de la Iglesia: incluso se cita el primer libro —el más significativo podríamos decir— como lectura propia de este tiempo (3). Solo avatares posteriores, lamentablemente introducidos a última hora (4), impidieron que dicho libro se incluyera en el leccionario cuaresmal de la edición latina que se quería menos voluminosa; con ello la Cuaresma, de momento por lo menos (5), quedó privada de este libro en la edición latina y en no pocas versiones, entre ellas la de España (6). Como, por otra parte, se vio la gran riqueza espiritual

(3) *Institutio* de la Liturgia de las Horas, n. 150.

(4) Cuando estaba ya planeada toda la distribución de perícopas bíblicas para el Oficio, a la editorial encargada de imprimir el libro le pareció que los volúmenes resultarían excesivamente gruesos y se redujo rápidamente el Leccionario planeado a la mitad, pasando de un Leccionario bienal con la Biblia completa a una presentación anual con la mitad de los textos previstos. Véanse a este respecto mis artículos: “Algunos aspectos de la nueva Liturgia de las horas”, *Phase XVI* (1976), 195-198. “El año litúrgico a través de los Leccionarios bíblicos”, *Phase XX* (1980), 51-65; “El Leccionario bíblico bienal de la Liturgia de las horas”, *Phase XXI* (1981), 409-425; “Ministerio Pastoral y Liturgia de las horas”, *Phase XII* (1982), 271-284.

(5) La Sagrada Congregación para el culto divino está preparando la edición de este Leccionario completo.

(6) Algunas conferencias episcopales —v. gr. las de lengua alemana y las de América latina— y algunas Congregaciones monásticas —v. gr. los benedictinos de Italia y las benedictinas de España— han

del Deuteronomio, se le buscó otro lugar en el leccionario del Oficio y se colocó en las semanas 2-3 del tiempo ordinario; pero colocado aquí el libro, conserva ciertamente su contenido espiritual, pero se ve privado de su contexto más propio y expresivo: el Deuteronomio es un libro que llama a la conversión y a la renovación de la alianza y por ello su lugar más propio es el tiempo cuaresmal, que es tiempo de conversión. Las comunidades deberían, pues, hacer el esfuerzo de meditar este libro en el Oficio cuaresmal, aunque ello suponga una menor comodidad; la propia Congregación romana del Culto divino recomendó este proceder (7).

2. El Deuteronomio, un escrito singular en el conjunto de la Biblia

Al abordar la lectura del Deuteronomio conviene hacerlo con una actitud espiritual apropiada; se trata, en efecto, de un escrito de carácter muy distinto de la mayoría de libros de la Biblia, ciertamente distinto de los llamados “libros históricos” y más próximo, en todo caso, a los profetas. Aunque actualmente forma parte del Pentateuco e incluso puede parecer que es como la continuación histórica de los libros que le preceden, con todo, por poco que se lea con atención, se descubre fácilmente que se trata de un género literario y de un contenido radicalmente diverso. El Deuteronomio, a pesar de su nombre —“Deuteronomio” significa “segunda Ley”— es mucho más espiritual que histórico, mucho más profético que normativo. En realidad el título que hoy lleva no fue el primitivo sino el que le dieron los traductores griegos; su verdadero nombre sería el que figura en el libro 2 de los Reyes cuando relata su descubrimiento: “Libro de la alianza” (22,3-10); o si se quiere conservar un nombre que relacione el Deuteronomio con la Ley de Moisés —es lo que pretendieron los traductores griegos— quizá podría convenirle el título de “Enseñanzas en torno a la Ley”. Pero sea lo que sea de su nombre, lo que es innegable es que en el Deuteronomio nos encontramos ante un escrito que quiere ser ante todo un tratado espiritual sobre la conversión, un libro que sólo en tiempos posteriores fue colocado y asimilado a los demás libros del Pentateuco.

La influencia espiritual del Deuteronomio en Israel fue cada vez mayor; prueba de ello son las numerosas y sucesivas redacciones que los críticos descubren en este libro y el hecho de que, en el siglo V, antes de nuestra era Nehemías se sirviera del mismo para solucionar los problemas de su comunidad restaurada. Otro indicio de la fuerte “espiritualidad” que veían en este libro los israelitas es el hecho —los modernos descubrimientos de Qunram lo han demostrado— de que la comunidad judío-monástica de Qunram le dio casi tanto relieve como a los escritos de Isaías.

incorporado este Leccionario completo en sus respectivas ediciones de Liturgia de las horas. Para facilitar el recurso a este Leccionario completo en nuestro *Calendario del año litúrgico* ofrecemos la cita diaria para poder incorporar este Leccionario sirviéndose de una Biblia.

(7) Cf. *Notitiae* 12(1976),238-39.

3. Un libro espiritualmente importante

También para los cristianos el Deuteronomio debe tener un lugar entre los escritos “espirituales”. Al iniciar la lectura cuaresmal de este libro nos parece necesario subrayar este matiz. Esto resulta quizá tanto más necesario cuanto hoy se da la tentación constante de leer la Escritura solo como “historia”, como sujeto de crítica literaria o, a lo sumo, como “lugar teológico”. Hemos de confesar que, sobre todo al tratar, como hacemos en esta Sección, de la relación que media entre la Biblia y el Año litúrgico, se nos presenta alguna vez la duda de si el pueblo cristiano —las comunidades monásticas y religiosas incluso— toman verdaderamente su espiritualidad de la lectura de la Palabra de Dios o la fundamentan preferentemente en otros escritos. No puede negarse que hoy la teología ha hecho grandes progresos en este sentido: es mucho más positiva y bíblica de lo que lo fuera en tiempos no muy lejanos. Pero probablemente en la espiritualidad estamos aún muy lejos de este ideal. La mayoría de cristianos, incluso entre las filas de los contemplativos, viven casi siempre alejados aún de aquella “lectio divina” a la que aluden los escritos monásticos antiguos y que se centraban principalmente en la lectura reposada y contemplativa de la Escritura. Decimos ésto entorno al Deuteronomio porque este libro es uno de los que más se prestan a esta recuperación de la Biblia —del Antiguo Testamento en concreto— en vistas a la espiritualidad. Nos hallamos, en efecto, ante uno de los libros más interiorizantes que invitan a una lectura espiritual y contemplativa en vistas sobre todo a la renovación cuaresmal.

Del Deuteronomio Israel toma tanto el *Shema* (cfr. 6,5) que repite tres veces al día y que constituye su oración por antonomasia, como su profesión de fe (26,3-10). Jesús, a su vez, recurre a este libro para su “mayor mandamiento (8) y, en el inicio de su misión, se apoya en textos del Deuteronomio para vencer al tentador (9) en la escena que proclamamos precisamente en el inicio de Cuaresma. Estas y otras muchas razones hacen, pues, del Deuteronomio un libro especialmente importante para la vida espiritual y para la contemplación cristiana.

4. Un libro apropiado especialmente para Cuaresma

Ya hemos dicho más arriba que en la antigua liturgia romana el Deuteronomio se leía durante el tiempo de preparación a Pascua. Los que usaron el antiguo Breviario de Pío V podrían recordar como en la IV semana de Cuaresma los responsorios de Maitines aún correspondían a las lecturas del Deuteronomio, aunque éstas hubieran ya desaparecido del Oficio. Pero la reforma actual ha recuperado la lectura cuaresmal del Deuteronomio por razones más intrínsecas: nuestro libro posee

(8) Mt 22,37; Mc 12,30; Lc 10,27.

(9) Mt 4,3ss. Lc 4,3-12.

una temática muy propia para el tiempo cuaresmal, porque brinda unas perícopas que pueden ser preciosas para intensificar la propia conversión y para profundizar con ello en el sentido de la Cuaresma.

En primer lugar por su ambientación general: si para el pueblo cristiano el misterio de Cristo muerto y resucitado es la realización plena de cuanto estaba figurado en la pascua de Israel, si Cristo es el verdadero Moisés que lleva a su pueblo a la más plena libertad, si el país de Canaán es figura del reino en que nos introduce el Resucitado, el libro del Deuteronomio está lleno de alusiones a la pascua, a Moisés, a la libertad de Canaán. En la Escritura hay dos bloques que tienen como telón de fondo la salida Egipto y la liberación de la esclavitud del Faraón: el Exodo-Levítico, por una parte y el Deuteronomio por otra. La liturgia nos brinda la lectura de ambos relatos en Cuaresma: el conjunto Exodo-Levítico en los años pares y el Deuteronomio en los impares. Pero hay que reconocer que entre ambas lecturas la del Deuteronomio tiene más títulos de oportunidad porque inserta los relatos del éxodo en el contexto de una meditación con matices de conversión. Y también la conversión, junto con el éxodo, es uno de los temas mayores de la cuaresma cristiana.

Otro título para recomendar la lectura cuaresmal del Deuteronomio es el hecho de que nuestro libro nació del movimiento de reforma emprendido por Josías para retornar al pueblo de Israel al culto de Yahvé (cfr. 2 R 22). Así lo ha demostrado la exégesis moderna. Descubierto el *Libro de la alianza* (así se denominó nuestro libro en su estado más primitivo), Josías se impresiona por las amenazas contenidas en el volumen, convoca al pueblo, renueva solemnemente la alianza y emprende una reforma en vistas a renovar el culto a Yahvé. Nuestro Deuteronomio, a pesar de los múltiples retoques y acomodaciones habidas en épocas posteriores, es aún eco claro de este deseo de reforma: hay que rehacer la alianza rota, hay que volver a la obediencia y fidelidad a Yahvé. Porque en realidad la alianza con Moisés en el Horeb no fue únicamente un hecho del pasado: “El Señor no selló esta alianza sólo con nuestros padres sino también con nosotros” (lectura del sábado de ceniza). El Deuteronomio invita a una reactualización de la alianza y ésto es también a lo que el pueblo cristiano se prepara para realizarlo en la Noche pascual, sobre todo por medio de la renovación de las promesas bautismales. La lectura del Deuteronomio, pues, prepara ya a esta Noche.

Otra faceta del Deuteronomio, especialmente sugestiva para su lectura cuaresmal, es la continuada presencia de Moisés. Ya en los días de Navidad la liturgia nos invitó, a través de los evangelios de la infancia, a ver en Moisés un prototipo del verdadero y definitivo caudillo y legislador que conduce al pueblo de Dios hacia la libertad pascual. Precisamente este año, acabada la lectura del Deuteronomio, la liturgia del Oficio nos hará leer íntegramente la carta a los Hebreos en la que la comparación entre Moisés y Jesús se hará singularmente incisiva e insistente.

El Deuteronomio es además como la respuesta de un pueblo que después del castigo —la destrucción de Samaría en 722— medita sobre sus pasadas infidelidades

en vistas a su conversión. La obra deuteronomica en sus trazos más primitivos es la aportación de los escapados de la destrucción del reino del Norte que se refugian en Jerusalén y desean renovar la alianza que les hará plenamente fieles a Yahvé. Un programa, por tanto, que se adecuaba también bajo este aspecto a lo que el pueblo cristiano persigue con sus prácticas cuaresmales.

5. Un libro singularmente actual

Si el Deuteronomio, como hemos visto, resulta apropiado al tiempo de Cuaresma también puede constituir una lectura especialmente apropiada para nuestro momento histórico actual y ello especialmente por tres razones: *a)* porque presenta una moral lúcida, adulta, alejada de tensiones; *b)* porque se sitúa en un contexto de desastres como consecuencia de infidelidad pasada; *c)* porque centra el camino de la conversión en una moral del amor que consiste más en actos que en palabras.

En nuestro momento actual son muchos los que se preguntan sobre la motivación de las leyes morales. Y esto a múltiples niveles. Desde los que, relativizando cualquier tipo de moral, quisieran prescindir de toda norma, de toda ley por lo menos estable, hasta los que, incluso en el seno de las comunidades religiosas y contemplativas, se cuestionan hasta qué punto es preciso obedecer los diversos géneros de leyes (eclesiásticas, litúrgicas, reglamentaciones religiosas...) y crean con ello tensiones que, a veces, hacen poco "habitable" el ambiente religioso. El Deuteronomio presenta una ley que no se impone exteriormente sólo como disciplina, sino que desea arraigarse interiormente en un corazón que obedece porque ama, que es fiel a lo preceptuado porque en ello —en cada una de las "observancias" externas— ve un "sacramento" o signo del amor interior. Se trata de una moral lúcida y adulta, de una verdadera "sabiduría". Con estas perspectivas se presenta la ley ya en el comienzo de Cuaresma (lectura del viernes de ceniza).

El Deuteronomio está dominado por el deseo de una nueva fidelidad en un mundo que, después de la catástrofe de la destrucción de Samaría, quiere renovar su vida. Nuestro tiempo se asemeja en cierta manera al tiempo que vio nacer el Deuteronomio y ello tanto desde el punto de vista humano como desde una óptica eclesial: después del optimismo que conocimos —en la Iglesia, el Vaticano II parecía llamado a atraer gentes innumerables, en la sociedad civil los adelantos técnicos parecían prometer un mundo de felicidad y prosperidad en todo orden— se presenta a nuestros hombres un panorama bastante más sombrío: la Iglesia sufre defecciones, tensiones, desinterés y ve como muchos de sus hijos se alejan de ella; el mundo experimenta convulsiones, guerras, hambre, e incluso el fenómeno moderno de la polución ambiental presagia horas menos brillantes para nuestro planeta. Desde una óptica de fe cristiana es posible —quizá incluso probable— que este desencanto doloroso sea una de las grandes bendiciones de Dios a nuestro tiempo, un acontecimiento similar a lo que representó la destrucción de Samaría, raíz de nuestro Deuteronomio y de la renovación religiosa de Josías, un instrumento del que Dios se sirve para invitar al

hombre a levantar la mirada hacia bienes superiores. En este contexto el Deuteronomio leído y meditado pausadamente puede resultar de una actualidad extraordinaria. En una situación que tiene grandes puntos de contacto con la nuestra, después del desastre de Samaría, Dios llamó a su pueblo por medio de este *Código de la alianza* a renovar su vida y a encontrar su verdadera felicidad en la conversión. Situada en este contexto la lectura del Deuteronomio puede resultar inteligible, sugerente, eficaz.

Nuestro mundo está cansado de palabras, cansado de palabras incluso tan atractivas como lo pueda ser el vocablo “amor”. Porque de “amor al pobre”, “atención al desvalido”, “primacía de la caridad” se habla y se habla sin cesar; pero de las palabras a las realidades hay un gran trecho. El odio, las guerras, la explotación del débil son el trasfondo más común de nuestra sociedad; y las tensiones y enfrentamientos en las mismas comunidades cristianas, que proclaman como su ley suprema el amor, tampoco son infrecuentes y quizá hoy incluso resultan más comunes que en otros tiempos. Vivimos, pues, en un contexto de infidelidad a los principios fundamentales del evangelio a pesar de tantas palabras sobre el amor. Y es aquí donde el Deuteronomio tiene también una respuesta apropiada a nuestra época al proponer el ideal de un amor en actos. El amor de Dios —el más difícil de los amores, porque a Dios nadie lo ha visto— compromete según este libro toda la actividad humana, desde la vida familiar hasta la comunitaria y social. En cada una de las situaciones nos coloca ante una elección: seguir a Dios o rechazarlo. En esta elección se sitúa nuestro porvenir porque seremos juzgados no según las palabras sobre el amor sino según nuestras obras de amor, sobre todo frente a los pobres y desvalidos.

Todo un conjunto, pues, de pistas que hacen del Deuteronomio un libro “espiritual”, “cuaresmal” y “moderno”; un libro, en resumen, que nos llevará a celebrar el tránsito de la Pascua y a vivir la vida nueva del Resucitado.